

Pregón festas Apóstolo 2008

... Boris Izaguirre...

¡Estoy encantado de dar este pregón! Por alguna razón incómoda siempre que sales en la televisión tienes que asumir tres cosas muy difíciles: Una que te digan que sales más gordo en la televisión. Otra que sales más joven en la televisión. Y una última, que te llamen a dar pregones de sitios en los que nunca has estado y a los que nunca volverás. Santiago de Compostela no solo ha sido la ciudad que me acogió como español, es la ciudad donde fui joven e indocumentado y donde conocí y me enamore del hombre que hoy, 16 años después, es mi marido.

Es probable que muchas cosas hayan cambiado en el Santiago que descubrí a los 26 años ese 21 de marzo de 1992. Es probable que las ciudades donde fuiste feliz permanecen para siempre así, pero también es cierto que toda felicidad necesita un poco de dolor para ser recordada con bondad. Aquí, en esta plaza, tuve muchas noches solitarias, intentando buscar una explicación no solo a mi vida sino a lo que iba a hacer de ella. Cuando abandoné Caracas para venir aquí, Álvaro Mutis, el célebre poeta colombiano, daba una charla y digo que en este Santiago había descubierto que todo escritor es un peregrino eterno. Una persona que jamás tiene asiento, que siempre está de viaje, por mundos reales, ficticios, internos y exteriores. Para mí esa frase fue siempre un mantra, porque al día siguiente de escucharla yo estaría cruzando el océano, abandonando el Caribe y sus golpes de estado y sol eternos para dejarme seducir por una pared de lluvia que me recibió en Lavacolla y continuó hasta la primera vez que vi esta plaza y la catedral, junto a un palestino, Ghaleb Jaber, el hombre de la peregrina idea que yo podría adaptar la casa de la Troya de Pérez Lugín en un culebrón que jamás llegó a hacerse pero que en cambio me hizo vivir en esta ciudad mil y una noches de sorpresa, amor y juventud.

El día que terminé la lluvia, Julio Iglesias estaba tomando sol en la piscina del Hotel Araguaney, donde también me alojaba. Puede que no sea la visión más ortodoxa de una vista a Santiago, pero desde luego la más Boris Izaguirre. Terminaba la lluvia y estaba Julio Iglesias, bronceándose al lado de tres rubias impresionantes, colocándose toallas muy blancas y espumosas en una pierna, luego en la otra, en la cara, sobre el cuello. Una coreografía estupenda. Unos días después sobrevino la Semana Santa y creyendo que iba a ver unas procesiones de aupa, el ascensor del hotel se desplomó...y no tenía a nadie a quien contárselo. Decidí que si volvía a pasarme algo en esta ciudad, tendría los suficientes amigos para que me visitaran en el hospital. Y salí a la calle a invitar a gente a que viniera a una fiesta en el hotel. Fui a la puerta de Follas Novas, la librería con el mejor nombre del mundo y en la que mejor he leído en mi vida y a la puerta del Zum- Zum y hasta del café de la Plaza Roja, que aprovechó la ocasión para decir que nunca entendí porque se llama así, pero siempre me pareció ideal vivir en una ciudad con una plaza roja sin los bemoles del comunismo, y allí tomaba a candidatos y candidatas por el brazo y les invitaba. La fiesta fue una de las mejores de mi vida, con unas estudiantes

pelirrojas que fingían ser escocesas, y otras de Pontevedra, dos hermanas, que se peinaban a lo Amy Winehouse antes de Amy Winehouse. Mucho vino, güisqui y gin tonics y un conflicto horrible con la música, porque todo el mundo traía la suya y como la mayoría era heterosexual había sobresaturación de Bruce Springsteen y Héroe del Silencio y no se podía bailar. Así aparecieron, Óscar, Juani Hooper Harper y Georgette que tenían un cassette (les estoy hablando del 92) con los éxitos de Alaska y Dinarama. Vi como unos brillitos de luz, casi como si al escuchar a Alaska se presentara la Virgen de Lourdes (o la del Carmen, que siempre fue muy favorecida por mi nana). Y apareció...mi marido.

Cuando la gente habla de Santiago como la poesía de la lluvia y la piedra, yo pienso que mi Santiago fue la poesía de lo inesperado. Y lo divertido. Y sobretodo del amor. Rubén y yo somos como la Malinche y el Conquistador, pero todo en absoluta Hermandad Gallega. Somos como tantas historias de amor que han unido este país con Latinoamérica. Y juntos hemos conquistado nostalgias y espacios.

Lo bueno de enamorarse en Santiago es la lluvia, pasábamos mucho tiempo dentro de esa casa, íbamos cada domingo a comer pizzas y tarta de chocolate de Marco en Pizzería Marco. También más de una vez vine a esta plaza, en la mitad de la noche, sin nadie, solo el ruido del viento agitando las astas de estas banderas y miraba hacia el Pórtico y no pedía, sino que agradecía, por haber cumplido mi deseo, enamorarme, disfrutar, dejarme llevar. En una ciudad ajena, desconocida pero que sin embargo estaba enseñándome el país que luego me daría nacionalidad, fortuna, profesión.

Nos echaron del apartamento en Montero Ríos, es verdad que escuchar a todas horas playbacks de Alaska, Erasure Pet Shop Boys y hasta de Ana Kiro, es demasiado. Y nos mudamos al piso de estudiantes de Rubén en San Martín Pinario. Yo tengo dos iglesias favoritas, mi convento de las Pelayas en la Quintana y San Martín Pinario. La última porque parecía protegernos en ese principio de nuestro amor. Y a las Pelayas, como cariñosamente las llamo, en principio por el brazo gitano que de vez en cuando hacen, porque como todo en Santiago, son unas monjas muy suyas. Cuando quieren hacen el brazo gitano y de verdad es milagroso. Un poco como las hermanas del Asesino, que es uno de los mejores restaurantes del mundo...si conseguías que las hermanas te dejen entrar. Yo solo fui una vez, me abrieron la puerta y aunque yo veía que no había nadie ellas me dijeron que volviera otro día porque estaba lleno. Volviendo a mis Pelayas, tienen los horarios de misa más imposibles del mundo, Once y treinta y cinco, siete y cuarenta y cinco, es decir que si no tiene la suerte de pasar por allí, aquí detrás, en una esquina de La Quintana, se lo pierde. Son monjas de clausura, que significa que solo salen para votar (que lo encuentro divino) y que cantan todos los días, con unas voces bellísimas, incluso hay una negra, y otra filipina y alguna mexicana y yo siempre que estoy delante de ellas, bajo esa cúpula barroca, con esos maravillosos colores en el altar y escuchándolas, pienso que en mi próxima vida puedo ser una de ellas.

Aquí descubrí la importancia de la palabra trasiego, que significa mudarse y es algo que todos los de esta ciudad hacemos y mucho. Quiero recordar a Eva Grande, que en esa casa de San Martín Pinarío nos dejó su cama, que como su apellido, era mas grande y cabíamos Rubén y yo. A Ángeles, por su casa de Altamira, donde se hicieron muchas promesas que conseguimos cumplir. Y a Ángel por otra casa, donde vimos los fuegos de estas fiestas. A Lalo que con su Modus Vivendi agilizó las noches de invierno en estas calles. A Ildefonso, viendo en la tarde capítulos viejos de Wyatt Earp, antes de you tube.. A la insuperable señora Chocha Bescansa, que ha influenciado en muchas maneras nuestra estética. A nuestros amigos intelectuales, Antón e Isabel. A Toñi y su restaurante, al que siempre vamos cuando hemos ahorrado un poquito. Y a Georgette, porque en nuestro piso de la calle de la Rosa (una calle que ni mandada a hacer) nos hizo tan felices improvisando esos shows drag con Madonna al fondo y él haciendo trajes de gala con la funda de la almohada!!!! Por favor las fiestas que hicimos en esa casa!!!! Teníamos a Encarna Otero, entonces candidata a la alcaldía, por vecina y la verdad que se enrolló porque jamás nos interrumpió. Y hubo de todo, una terraza enorme en la que nunca hubo sol. Discusiones políticas, cinematográficas. Ya se los he dicho antes, cuando se nace toulá, se es toulá toda la vida. Galego aprendí poco, tan solo el que empleaba cuando daba horóscopos en la televisión gallega, en un programa con Tete y Santiago llamado "Na casa"... Peixes e libra, hoxe non esquezas nin lembres.

Por supuesto que es un sueño estar aquí, en el balcón del ayuntamiento, deciros desde el amor a esta ciudad, a sus calles, a sus monumentos, a mis amigos, que aunque una mañana decidiera irme, siempre vuelvo aquí. Para cenar con los hijos de Ángeles, para celebrar mi finalista del Planeta, para ver un magnolio de la iglesia de Santa Clara. O para quedarme horas delante de estas torres con forma de pagoda, de locura oriental que sirven de compañeras a la Berengüela. Y escuchar de nuevo esa frase de Álvaro Mutis, todo escritor es siempre un peregrino. Y toda fiesta, queridos amigos, es siempre un peregrinaje hacia la libertad.

Disfruten estas festas moito moito moito. LÖve, Boris